

II

ECUMENISMO PASTORAL

DIMENSION ECUMENICA DE LAS DISCIPLINAS ECLESIASTICAS

(Hacia la renovación ecuménica de la Teología)

JOSÉ SÁNCHEZ VAQUERO

Conferencia pronunciada en la I Semana nacional de formación ecuménica, organizada por el Secretariado Nacional de Ecumenismo para Delegados Diocesanos de España.

Entiendo aquí por “disciplinas eclesiásticas” el conjunto de materias que integran el cuadro de los estudios eclesiásticos. De modo especial me refiero a las disciplinas del curso teológico.

Pero, la dimensión ecuménica, que se pretende mostrar, sobrepasa los límites estrictos de la carrera eclesiástica y formación sacerdotal. La entendemos en sentido amplio, extendida a todo el

campo anchuroso de la ciencia ecuménica. Es decir: la vemos exigida tanto en el estudio e investigación como en la enseñanza y diálogo a través de la palabra o a través de la pluma.

Que se trata de un tema importante, a nadie se le oculta; la influencia de la doctrina en el ecumenismo es a todos patente.

Que nos encontramos ante una tarea urgente, es asimismo evidente; está por descubrir y organizar una verdadera ciencia ecuménica.

¿Qué pide el Concilio Vaticano II?

Es el primer interrogante que se nos ofrece. ¿Qué postulados encontramos en el Vaticano II sobre el estudio y docencia de las disciplinas eclesíásticas en línea ecuménica?

De modo general, y en un contexto de designación de las líneas maestras de la formación eclesíastica, dice el

Decreto sobre la formación sacerdotal:

“Teniendo bien en cuenta las condiciones de cada región, condúzcase a los alumnos a un conocimiento completo de las Iglesias y comunidades eclesiales separadas de la Sede Apostólica Romana para que puedan contribuir a la restauración de la unidad entre todos los cristianos”.. (n. 16).

Más concretamente, y en orden de actuación ecuménica, afirma el

Decreto de Ecumenismo:

“Conviene conocer la disposición de ánimo de los hermanos separados. Para ello se necesita el estudio que hay que realizar con ánimo benévolo y objetivo. Es preciso que los católicos, debidamente preparados, adquieran mejor conocimiento de la doctrina, y de la historia, de la vida espiritual y cultural, de la psicología religiosa y de la cultura peculiares de los hermanos”... (n. 9).

Y más contundentemente, refiriéndose a la teología, añade el mismo

Decreto de Ecumenismo:

“Es necesario que las instituciones de la sagrada teología y de las otras disciplinas, sobre todo las históricas, se expli-

quen también en sentido ecuménico, para que respondan lo más posible a la realidad.

Es muy conveniente que los que han de ser pastores y sacerdotes se imbuyan de la teología elaborada de esta forma, con sumo cuidado, y no polémicamente, máxime en lo que respecta a las relaciones de los hermanos separados para con la Iglesia Católica.

Porque de la formación de los sacerdotes, sobre todo, depende la necesaria instrucción y formación espiritual de los fieles y de los religiosos.

Es también conveniente que los católicos, empeñados en obras misioneras en las mismas tierras en que hay también otros cristianos, conozcan hoy sobre todo los problemas y los frutos que surgen del ecumenismo en su apostolado"... (n. 10).

¿Qué aportación ecuménica se busca?

También se halla marcada por el magisterio del Vaticano II. Las metas y objetivos que debe lograr la ciencia ecuménica son los mismos que persigue el ecumenismo en general. Metas y objetivos que se hallan señalados explícitamente bajo diversas afirmaciones.

Se pretende, en primer lugar, *responder a una vocación divina* que pesa sobre la Iglesia del siglo XX. En términos conciliares podría expresarse con los textos siguientes:

"este Concilio... quiere proponer a todos los católicos los medios, los caminos y las formas por las que puedan responder a esta gracia divina" (n. 1);

se quiere cumplir todo esfuerzo "para eliminar palabras, juicios y actos que no sean conformes, según justicia y verdad, a la condición de los hermanos separados, y que, por tanto, puedan hacer más difíciles las mutuas relaciones con ellos"... (n. 4);

se trata de "poner toda el alma en esta empresa... para que sea derrocado todo el muro que separa la Iglesia occidental y la oriental y se haga una sola morada" (n. 18).

Se trata, en segundo lugar, de *manifestar un mensaje*, el mensaje de la misma Iglesia de Cristo. Para ello, como dice el Concilio, "en ningún caso debe ser obstáculo para el diálogo con los hermanos el sistema de exposición de la fe católica. Es totalmente necesario

que se exponga con claridad toda la doctrina. Nada es tan ajeno al ecumenismo como el falso irenismo, que pretendiera desvirtuar la pureza de la doctrina católica y oscurecer su genuino y verdadero sentido. La fe católica hay que exponerla al mismo tiempo con más profundidad y con más rectitud, para que tanto por la forma como por las palabras pueda ser cabalmente comprendida también por los hermanos separados”.

Pero, eso sí, “en el diálogo ecumenista los teólogos católicos, bien imbuidos de la doctrina de la Iglesia, al tratar con los hermanos separados de investigar los divinos misterios, deben proceder con amor a la verdad, con caridad y con humildad”. Y así se logrará “un conocimiento más profundo y una exposición más clara de las incalculables riquezas de Cristo” (n. 11).

Se busca, finalmente, el *marchar siempre adelante*, sin entorpecer la progresiva plenificación de la unidad cristiana. Es idea expresada de varias formas por el Concilio:

“para el restablecimiento de la comunión y de la unidad es preciso no imponer ninguna otra carga más que la necesaria” (n. 18);

“este sagrado Concilio desea ardientemente que los proyectos de los fieles católicos progresen en unión con los proyectos de los hermanos separados, sin que se pongan obstáculos a los caminos de la Providencia y sin prejuicios contra los impulsos que puedan venir del Espíritu Santo” (n. 24);

“la acción de los católicos ha de ser plena y sinceramente católica, es decir, fiel a la verdad recibida de los apóstoles y de los padres, y conforme a la fe que siempre ha profesado la Iglesia católica, tendiendo constantemente hacia la plenitud con que el Señor desea que se perfeccione su Cuerpo en el decurso de los tiempos” (n. 24).

¿En qué sentido debe evolucionar la teología para que produzca frutos de unidad cristiana?

Con los criterios señalados anteriormente, no debiera ser difícil descubrir las rutas ecuménicas de la futura teología.

Pero, siempre que se quiere trazar una ruta hay que atender a dos puntos extremos: el de partida y el de llegada.

La doble pregunta, por tanto, que se nos impone es ésta: ¿Cómo es hoy la teología recibida? ¿Cómo deberá ser mañana la teología legada a las futuras generaciones?

Un primer hecho indiscutible es el siguiente: hemos conocido una exposición polémica de la verdad religiosa; hemos recibido descripciones negativas del ser religioso de nuestros hermanos separados; hemos ignorado el núcleo vital religioso del Oriente Ortodoxo, del Anglicanismo y del Protestantismo; hemos utilizado un lenguaje ininteligible para quienes no participaron en idéntica formación teológica; nos hemos contentado con el patrimonio occidental latino al formular nuestra tradición teológica; hemos, en fin, vivido y trabajado en monólogo teológico constante, sin entrar en diálogo propiamente tal.

¿Pruebas de las afirmaciones anteriores?

Ahí están las listas interminables de errores y "adversarios" prepuestas a las tesis dogmáticas de nuestros manuales teológicos. Ahí están los catecismos redactados "contra alguien". Ahí, las abjuraciones prescritas para toda incorporación a la Iglesia Católica. La terminología jurídicista y escolástica, ignorada y rechazada por los hermanos no católicos. Las definiciones, en uso, de los protestantes como impugnadores del Papa, de la Inmaculada, de la confesión de pecados, etc., o de los ortodoxos, como cismáticos empedernidos.

Con lo cual nos han venido frutos muy efímeros: centrarnos con más interés en la periférica dogmática atacada por el error momentáneo, antes que fijar la atención en el núcleo aceptado por todos; cargarnos de prejuicios de toda índole contra los que realmente seguían siendo hermanos bautizados; equiparnos con un bagaje lingüístico que nos resulta inservible a la hora de dialogar para reconstruir la unidad cristiana; y hallarnos como perplejos ante las nuevas exigencias ecuménicas de la formación de los futuros sacerdotes.

Hay, por tanto, que cambiar de rumbo.

Ahora, de cara al futuro, no es difícil adivinar algunos objetivos ecuménicos:

1.º *La liberación del método polémico*, según pide el Concilio Vaticano II, que pretendería desmenuzar todas las divergencias para lograr resultados inmediatos de victoria sobre los no católicos; necesitamos no olvidar que las etapas teológicas ya superadas son: la controversia y la escueta confrontación; y que la conquista teológica auténtica de nuestro tiempo es el diálogo conjunto sobre la verdad revelada, a base de la utilización de las fuentes primitivas de Escritura y Tradición. "El esfuerzo ecuménico —dice Congar—

es una penetración progresiva en la plenitud y la pureza, por el acceso a las fuentes, bajo el choque del diálogo”.

(CONGAR: *Aspectos del Ecumenismo*, pág. 26. Estela. Ba. 1965).

2.º *El descubrimiento del hermano separado en sentido positivo cristiano*. “Las confesiones separadas —decía Monseñor Blanchet en la segunda sesión del Vaticano II— no son un conjunto de proposiciones que basta con refutar, sino, un espíritu, una concepción religiosa del cristianismo... Al teólogo y al historiador corresponde descubrir el núcleo y la fuente de donde promana todo lo demás”.

(WENGER: *Vaticano II, Chronique de la II sesión*, p. 203).

Hoy es necesario montar seriamente la gran acción del conocimiento científico y vital de todo el ser religioso de los ortodoxos, anglicanos y protestantes. Hay que lograr el “mejor conocimiento de la doctrina, de la historia, de la vida espiritual, de la vida cultural, de la sicología religiosa y de la cultura”, como requiere el Decreto de Ecumenismo (n.9). Para lo cual no será suficiente en adelante tratar del Protestantismo o de la Ortodoxia ocasionalmente, según se vaya ofreciendo a lo largo de los tratados teológicos, sino que será necesario desarrollar verdaderas disciplinas nuevas que abarquen competentemente los diversos aspectos aludidos, porque puede ocurrir ahora que queriendo asomarnos al Oriente Cristiano, por ejemplo, para estar más al día, construyamos una caricatura del mismo en vez de proporcionar un fiel conocimiento del mismo; cuyo mal sería peor que la ignorancia pasada.

3.º *La delimitación clara entre lo dogmático y lo teológico*.

Ya es muy conveniente delimitar bien lo que es dogmático de lo que es opinión de los teólogos en el interior de la Iglesia católica, para no gravar excesivamente la fe del pueblo de Dios.

Pero es mucho más urgente y necesario establecer esa delimitación frente a nuestros hermanos separados. En esta línea hay que dejar a un lado todo lo que pueda ser querrela de escuelas y todas las precisiones que el dogma no exija. La historia de las relaciones teológicas entre las diversas confesiones cristianas está salpicada constantemente de este abuso. En la contienda de griegos y latinos se adujeron como errores, de una parte y de otra, múltiples errores que no eran tales: si Focio adujo un número de seis o siete, Cerulario lo elevó a veintidós, el *Opusculum* contra Francos aún dio mayor número, y durante los siglos XII-XV subieron hasta sesenta

y dos, según la recopilación que hizo Aurelio Palmieri en su Teología Dogmática Orthodoxa. (T. II, 58-68). Número que, sin embargo quedó reducido a cuatro, cuando un teólogo del talento de Santo Tomás se propuso recoger las verdaderas diferencias dogmáticas entre Oriente y Occidente. (Cf. Opúsculo *Adversus Errores Graecorum*). Y respecto del protestantismo ocurrió lo mismo, según afirma Congar: "Juan Eck —dice— acudió, en 1530, a la dieta de Ausburgo, con una lista de cuatrocientos errores hallados en Lutero... y aquel buen franciscano del siglo XVI, llamado "Fuego ardiente", había encontrado en Lutero no ya cuatrocientos cuatro errores, sino mil cuatrocientos".

(CONGAR: *Aspectos del Ecumenismo*, pp. 11-12, Estela. Ba. 1965).

4.º *La creación de un lenguaje teológico ecuménico.*

Es otra necesidad urgente que se presenta a los teólogos.

Por fuerza hay que acudir a un terreno común lingüístico. Todos los esfuerzos pueden resultar estériles si nos empeñamos en seguir hablando cada cual a su modo. El lenguaje teológico es el vehículo natural de la teología. Y su razón de ser está en servir a la mutua inteligencia de los hombres. Si estos hombres están empeñados en construir la torre de la unidad cristiana no pueden ser víctimas de la confusión de lenguas como en la torre de Babel.

Por aquí iba Juan XXIII al insistir, en la alocución de la primera sesión del Concilio Vaticano II, en la necesidad de buscar, aunque cueste no poco trabajo y fatiga, nuevas fórmulas de expresión, fórmulas que pudieran entender todos: el latino, el anglosajón, el oriental.

Dicho lenguaje, por otra parte, sólo podrá nacer teológicamente del común uso de fuentes teológicas comunes. Por donde se ve que otra vez volvemos a la necesidad de arrancar de una teología bíblica, ampliada con la exposición teológica patristica primitiva.

5.º *La elaboración de una teología centrada en el misterio de la salvación.*

El Vaticano II lo pide explícitamente en el Decreto sobre la formación sacerdotal: "En la revisión de los estudios eclesiásticos —dice— hay que atender sobre todo a coordinar más adecuadamente las disciplinas filosóficas y teológicas, y que juntas tiendan a descubrir más y más en las mentes de los alumnos el misterio de Cristo, que afecta a toda la historia del género humano, influye constantemente en la Iglesia y actúa, sobre todo, mediante el ministerio sacerdotal" (n. 14).

Es la teología a que se refería el Dr. Skydsgaard, observador luterano del Concilio, hablando al Papa en nombre de todos los observadores al comienzo de la segunda sesión y señalando un hecho que él calificaba de extremadamente importante: la elaboración de una teología bíblica centrada en el misterio de la salvación, que tuviera cuenta a la vez del misterio de la Iglesia, de su existencia histórica y de su unidad. Y formulaba el deseo de que tal teología "concreta e histórica, es decir, nutrida de la Biblia y de los Padres" estuviera en la base de los trabajos del Vaticano II.

Y es la misma teología sobre la que el Papa Pablo VI, respondiendo al citado Skydsgaard, decía: "Estos desenvolvimientos que deseáis de una teología "concreta e histórica", "centrada en la historia de la salvación", nosotros los suscribimos voluntariamente y la sugerencia nos parece realmente digna de ser estudiada y profundizada. La Iglesia católica dispone de instituciones que podrán especializarse en esta línea de investigación y está dispuesta a crear una nueva institución con este cometido, si las circunstancias lo sugirieran".

(Documentathion Catholique, 3 nov. 1963, n.º 1411, col. 1421).

Gracias a Dios estos deseos de los observadores y del Papa cuajaron después en el desarrollo concreto del Concilio Vaticano II, como aparece en el texto citado anteriormente sobre la formación sacerdotal. Y la institución de referencia está en vías de ser una grandiosa y luminosa realidad que ha comenzado a crear una gran esperanza de unidad para todos los cristianos: de hecho el Instituto Ecuménico de Jerusalén, colocado bajo el alto patronato de las jerarquías supremas del cristianismo e impulsado por los más destacados teólogos ecumenistas de las diferentes confesiones, ha dado ya sus primeros pasos y va programando sus tareas teológicas. A todos nosotros toca ahora estar alerta para secundar las iniciativas y orientaciones que fueren saliendo de organismo tan preclaro.

Ecumenización de las diferentes disciplinas

Dijimos al principio que pretendíamos referirnos de modo especial a las disciplinas del curso teológico.

Pero es evidente que no podemos, en el corto espacio de esta conferencia, agotar los múltiples aspectos ecuménicos de dichas materias. Marcaremos únicamente algunos que nos parecen más evidentes.

LA ECLESIOLOGÍA

"La doctrina sobre la Iglesia —dice M. Villain— sigue siendo el punto fundamental de nuestras separaciones" (M. VILLAIN: *Introduction à l'oecumenisme*, 175).

Pero, al mismo tiempo, la eclesiología es hoy la disciplina teológico-ecuménica por antonomasia. El Catolicismo tiene de ello una prueba máxima: el Vaticano II girando en torno al problema eclesiológico y ecuménico. Los protestantes actuales están llegando cada día más al "redescubrimiento de la Iglesia", según afirma el Cardenal Bea: "El pensamiento religioso protestante ha empezado a reconocer las estructuras sociales y visibles de la Iglesia, de autoridad, de sus órganos sociales y ha comenzado a afirmar que la Sagrada Escritura pertenece y está confiada a la Iglesia". (Cardenal BEA: *La unión de los cristianos*, Barcelona 1963, 93-94). Y los teólogos ortodoxos actuales también muestran sus predilecciones por el tema eclesiológico.

¿Por dónde debe ir la eclesiología ecuménica?

Algunas pistas de seguro efecto ecuménico podrían ser las siguientes:

- a) consideración y exposición del misterio de la Iglesia dentro del plan general de salvación querido por el Padre, realizado por el Hijo, en el Espíritu Santo;
- b) exposición relevante de los aspectos carismáticos;
- c) sacralización de los aspectos jurídicos eclesiológicos;
- d) configuración más cristológica de la Iglesia (la Iglesia cristoconforme de la teología ortodoxa);
- e) pneumatología eclesiológica (la Iglesia del Espíritu Santo);
- f) eclesiología escatológica (enlace con la Iglesia celeste);
- g) mejor explicación de algunos puntos neurálgicos: la pertenencia a la Iglesia (insistir más en los elementos positivos que incorporan a los miembros, antes que en los negativos que excluyen), el Primado Romano, del que dice Congar: "Estoy convencido de que se podía llegar a conclusiones comunes más acá de lo que dice la apologética católica y más allá de lo que admiten los ortodoxos" (CONGAR: *Aspectos del Ecumenismo*, 38), las notas de la Iglesia (apostolicidad, catolicidad, etc., ahora objeto de estudio del Grupo mixto de la I. C. y COE).

LA SAGRADA ESCRITURA

La Biblia y el Bautismo, he ahí dos resortes ecuménicos potentísimos, cuyo valor no se cansan los ecumenistas de ponderar.

Suzanne Martineau dedica todo un capítulo de su importante obra *Pedagogie de l'oecumenisme* a la Sagrada Escritura en función de la unidad cristiana. La Biblia —nos dice— si por una parte es “nuestro patrimonio común”, por otra es “nuestra separación”. Y en efecto, la historia habla elocuentemente en este sentido: la casi totalidad de las contiendas doctrinales giraban siempre en torno a determinados textos bíblicos, entendidos de un modo o del contrario.

Pero ya se adivina con facilidad que la revelación como tal tiende a unir, no a disgregar. Primeramente, porque único es su principio (Dios revelador) y en segundo lugar, porque llama a los hombres a la unidad (textos que urgen la unidad cristiana).

El Vaticano II proclama con fuerza la virtualidad unitiva de la palabra de Dios, al decir en el capítulo III del Decreto de Ecumenismo: “Las Sagradas Escrituras son, en el diálogo mismo, instrumentos preciosos en la mano poderosa de Dios para lograr aquella unidad que el Salvador presenta a todos los hombres” (n. 21).

Lo cual es fácil de descubrir a través de las siguientes consideraciones: si los teólogos utilizan la misma fuente, beberán de las mismas aguas; podrán seguir el mismo hilo conductor de la historia de la salvación (hilo ecuménico, que dijimos), encontrarán la común terminología ecuménica que se desea, y depondrán sus particulares opiniones contrarias (de una y otra parte) ante la suprema autoridad de la palabra divina.

De los bíblicos, por tanto, depende gran parte del éxito ecuménico. Pero a condición: a) de hacer auténtica exégesis científica; b) de penetrar con ella toda la teología dogmática y moral; c) de seguir de cerca los estudios conjuntos que se hacen hoy entre las diversas confesiones (Vaticano II, Conferencia de Montreal...); d) de urgir las exigencias de los fecundos y abundantes textos unionísticos de la Biblia; y e) de nunca conformarse con considerar la revelación como una simple “posesión pacífica” que no puede admitir desarrollo en sentido ninguno.

LA TEOLOGÍA DOGMÁTICA

Al hablar de la tarea ecuménica del teólogo dogmático se nos interpone inmediatamente una cuestión previa: “¿la teología dog-

mática del futuro será construida paralelamente con la exégesis de modo que sigan distinguiéndose los bíblicos de los teólogos o no deberán fundirse y de hecho se fundirán en la única persona del teólogo bíblico.

Dejando esta cuestión, nos atenemos aquí a lo que comúnmente viene entendiéndose por teólogo dogmático; es decir: aquel que elabora y desarrolla los diversos tratados de la teología dogmática.

Este es, tal vez, uno de los campos menos ecumenizados y con mayor urgencia de respirar aires de ecumenismo. Es como un gran edificio que se ha construido de espaldas y aun en contra de las exigencias clamorosas de la unidad cristiana. La eclesiología y la ciencia bíblica, por ejemplo, si no han llegado a ser ecuménicas todavía, tampoco han podido ser excesivamente antiecuménicas, ya que son ciencias que se están, diríamos, todavía forjando en un tiempo en que se respira ecumenismo por doquier; pero los varios tratados dogmáticos tradicionales (Cristología, Sotereología, Sacramentos, Gracia y Virtudes, Mariología, etc.) se han levantado en edificio científico compacto a impulso de una reflexión multiseccular poco bíblica y patristica, bajo la fuerza de un sistema intelectualístico potente (la escolástica) y con tensión aorthodoxa y antiprotestante (siglos medios y modernos).

Esto significa que hoy, al colocar esta teología en el tablero del diálogo y confrontación con las teologías de los hermanos separados, se produzca un sentimiento de extrañeza: con los ortodoxos porque el Oriente, al tiempo que es "extremamente semejante" es "extremamente diferente", al modo como dos hermanos adolescentes, que partieron a dos países antípodas, al llegar a su vejez y encontrarse de nuevo, se sienten atraídos y rechazados fuertemente a la vez; y con los protestantes, porque Reforma y Contrarreforma llevan en su misma entraña teológica el signo mismo de la antítesis.

Con cuyo hecho histórico ineludible resulta forzoso creerse y llamarse con facilidad "herejes" los unos a los otros, resultando verdadero el dicho que se repite en las reuniones ecuménicas: "desde que nos reunimos luteranos, calvinistas, anglicanos, ortodoxos, católicos, etc., somos herejes los unos para los otros" (CONGAR: *Aspectos del Ecumenismo*, p. 20).

Así las cosas, al teólogo católico le salta con frecuencia la siguiente dificultad: "hay que cambiar, pero en la doctrina no se puede cambiar". Y surge el punto muerto, el nudo gordiano del ecumenismo teológico.

En esta encrucijada, sin embargo, hay una salida ecuménica; una salida que ofrece varias soluciones: a) la búsqueda de nuevas

fórmulas, que permitan más inteligibilidad al interlocutor; b) el no declarar íntegramente falsas las afirmaciones de verdad parcial que el hermano separado propone; y c) aceptar sinceramente la llamada "pluralidad teológica" (cf. Decreto de Ecumenismo, n.).

Abierto el horizonte con estas posibilidades, el teólogo dogmático, que quiere ecumenizar los diversos tratados, debe vivir muy alerta sobre la temática en marcha a través del diálogo para enrolarse en la renovación teológica ecuménica, porque hay que dar por supuesto que la última palabra en cada esfera del pensamiento de fe y en cada nueva confrontación afloran nuevas virtualidades de la verdad revelada. Es elocuente en esta línea, por ejemplo, la lista de temas teológicos reverdecidos en el reciente diálogo entablado entre la Iglesia católica y la Federación luterana mundial (1965 y 1966): *palabra de Dios, presencia de Cristo en la Iglesia, problemas especiales de Cristología, problemas especiales de Pneumatología, justificación y santificación, renovación y reforma, problemas misioneros y pastorales*. (Cf. *Diálogo Ecuménico*, 1966, n. 4, pp. 373-380).

O los aparecidos en el diálogo instaurado entre la Ortodoxia y el Anglicanismo: *Sagrada Escritura y Tradición, justificación del hombre, los sacramentos en general, la Santa Eucaristía, el sacramento del Orden, la sucesión apostólica y validez de las ordenaciones anglicanas; la procesión del Espíritu Santo, la veneración de la Madre de Dios y de los Santos, la veneración de los iconos y de las santas reliquias, la autocefalia, la unidad de fe en la Iglesia..., el misterio de la Iglesia..., el magisterio supremo de la Iglesia anglicana, etc.* (Cf. *Diálogo Ecuménico*, 1967, n. 1, p. 110-111).

Ahora deberíamos recorrer cada tratado para indicar en concreto los aspectos, las tesis, las opiniones que son ecumenizables; cosa que a todas luces escapa a las posibilidades de nuestro trabajo y que de alguna manera queda como sugerido en las dos relaciones presentadas, aunque sólo sea a modo de ejemplo.

Pero, eso sí, acéptese plenamente que todos los tratados (la Mariología, la Teología Sacramentaria...; y aun los elaborados en tiempos de unidad, como la Trinidad, la Cristología...) admiten y reclaman revisión ecuménica fecunda.

LA HISTORIA ECLESIAÍSTICA

A la historia de la Iglesia el Concilio Vaticano II le asigna un larguísimo cometido ecuménico.

En el número 10 del Decreto de Ecumenismo nos dice: "Es necesario que las instituciones de la sagrada teología y de las otras disciplinas, *sobre todo las históricas*, se expliquen también en sentido ecuménico". Y en el número 9: "Los católicos adquieran mejor conocimiento de la doctrina y de la historia, de la vida espiritual y cultural, de la psicología religiosa y de la cultura peculiares de los hermanos separados". "Para lo cual se necesita el estudio que hay que realizar con ánimo benévolo y objetivo".

Dos cosas bien claras tiene aquí el historiador de la Iglesia en línea ecuménica: primera, la tarea que debe realizar para ecumenizar la historia, y segunda, el método que debe utilizar.

La tarea no puede ser más amplia; abarca toda la realidad histórica que entraña la vida interna y externa de la Iglesia a través del tiempo y del espacio en relación con los hermanos separados; abarca, diríamos, los múltiples objetos de las ciencias parciales que conjuntadas, constituyen el "objeto adecuado" de la historia de la Iglesia: historia del dogma, patrología, historia de la teología, sagrada liturgia, sicología religiosa, historia de la cultura, historia de la filosofía cristiana y hasta la arqueología.

El método histórico está indicado en toda su pureza: ha de trabajar sin prejuicios y sacando las conclusiones según salen de los hechos.

Si tuviéramos que asignarle tareas más precisas que produzcan ecumenismo patente, le asignaríamos, entre otras, las siguientes:

a) desde la historia de los dogmas debe mostrar la virtualidad ecuménica que ofrece el "fieri dogmático" por sí mismo; es decir: ha de hacer ver claramente cómo en cada dogma que llega a ser tal hay siempre dos elementos distintos, uno que es inmutable por ser el mismísimo contenido revelado por Dios y otro susceptible de mutación por ser la fórmula histórica concreta nacida en un momento histórico dado y ante preocupaciones pastorales determinantes, fórmula que no impide ser sustituida por otra distinta que muestre nuevos tesoros de la verdad que antes el hombre puede no haber captado. Esto es lo que el Vaticano II ha mostrado claramente en las distintas ocasiones que ha tratado de expresar la doctrina católica en lenguaje que pueda ser entendido por los hermanos separados;

b) desde la patrología, el historiador de la Iglesia puede y debe prestar el preciosísimo servicio ecuménico de ofrecer a todos los cristianos, que hoy están en desacuerdo, la vivencia pura de la fe apostólica y el lenguaje idéntico o diferente de Oriente u Occidente

al formular la fe única en los símbolos o expresarla en la oración el patrólogo legítimo es otra pieza clave del futuro ecuménico ;

c) de la historia de la teología debe venir la neta distinción de lo que es común y dogmático en el pensamiento cristiano y lo que es peculiar de los sistemas y escuelas diferentes, para lograr el fruto ecuménico de que hablamos al exigir delimitación estricta entre lo dogmático y lo teológico ;

d) de la historia de la liturgia ha de nacer la lección del fecundísimo principio ecuménico: la unidad en la variedad. Lección que mirando al pasado se presenta elocuentísima respecto del Oriente cristiano, donde han convivido más de quince ritos diferentes y no ofrecieron dificultad dogmática, y mirando al futuro puede enseñar la posible conveniencia ecuménica de respetar algunas liturgias occidentales que se han desarrollado y tienen vigencia entre los hermanos separados (liturgia anglicana, etc.). Por otra parte, la reforma litúrgica del Vaticano II ofrece dimensiones nuevas de unidad que han de aprovecharse hoy al máximo.

(Cf. *Diálogo Ecuménico*, 1966, n. 4, págs. 417-428: Juan José Sánchez Sánchez expone la influencia ecuménica de: renovación interna de la Iglesia por la liturgia, la participación de los fieles, la celebración en torno al obispo, la concelebración, el uso y predicación de la palabra de Dios en la homilía y lecturas, la lengua vulgar, los sacramentos y sacramentales, el misterio pascual como resumen máximo de la vida cristiana, el respeto a los ritos; además de señalar los abusos de la piedad católica que deben extirparse con miras a la unidad).

e) por la historia de la cultura y la psicología religiosa el historiador de la Iglesia debe mostrar hoy dónde están las fuentes venenosas que emponzoñaron las relaciones intercristianas e influyeron en el distanciamiento progresivo y malévolo que la cristiandad viene sufriendo durante siglos. Por aquí aparecerán las influencias malsanas de los factores políticos, económicos, raciales, sociales, etc., que nunca debieran haber bastado para separar a los cristianos.

A través del descubrimiento científico de toda esta realidad histórica y humana se harán posibles los pasos que son necesarios para curar las heridas del pasado: reconocer sincera y hasta públicamente los hechos poco gloriosos, de una y otra parte, los desaciertos de las personas que intervinieron, y preparar el abrazo fraternal y levantamiento de excomuniones recíprocas aun antes de llegar a la coincidencia en la fe.

f) y finalmente, la historia de la filosofía proporcionará ese conocimiento necesario de las diversas influencias de los sistemas filosóficos en la formulación dogmática en cada época; influencias que bien precisadas dejarán de ser obstáculo a la comprensión teológica de los hermanos cristianos.

LA TEOLOGÍA MORAL

También la Teología Moral es hoy objeto de ecumenización.

El Vaticano II, pronunciándose sobre algunos puntos de carácter moral, exige a los moralistas una puesta al día de los mismos en sentido ecuménico; v. gr.: la conciencia invenciblemente errónea, la libertad religiosa, la objeción de conciencia, etc.

(Cf. P. LUMBRERAS: *Aportación del Vaticano II a nuestros manuales de Teología Moral*, Studium, 1966, n. 3, págs. 425-471).

Y en sentido más radical y profundo ecuménicamente urge cumplir la recomendación del Concilio, que dice: "Aplíquese un cuidado especial en perfeccionar la teología moral, cuya exposición científica, más nutrida de la Sagrada Escritura, explique la grandeza de la vocación de los fieles en Cristo, y la obligación que tienen de producir su fruto por la vida del mundo en la caridad. (Dec. de la Formación Sacerdotal, n. 16).

EL DERECHO CANÓNICO

El Derecho canónico es considerado, a veces, como "espectro antiecuménico. Pero, de sí nada tiene contra el ecumenismo.

Urge que los canonistas lo liberen. Todo está en el modo de estudiarlo y explicarlo. Resultará antiecuménico si se le concibe como acervo de trabas legales que atan la libertad de los hijos de Dios; pero dará frutos ecuménicos si se acierta a ver la solicitud maternal de la Iglesia que garantiza y encauza esa misma libertad para que dé mayores frutos. Cada ley nace siempre al impulso de un amor verdadero, Pero, eso sí, porque nacen las leyes para remediar necesidad de momentos concretos y esos momentos pasan, es necesario que las leyes pasen. Y el paso debe también producirse por el móvil del amor.

El momento histórico que vivimos es providencial. Se prepara un nuevo Código, que por fuerza quedará trazado en línea ecuménica. El ofrecerá muchísimos puntos vivísimos y delicadísimos res-

pecto a la vida de los hermanos separados (matrimonios mixtos, intercomuni3n, libertad religiosa, proselitismo, etc.).

Los juristas alertados ecum3nicamente, he ah3 otra columna ecum3nica del futuro.

LENGUAS B3Blicas Y TEOL3GICAS

El lenguaje es el don natural que Dios ha concedido al hombre para su mutuo entenderse.

La unidad cristiana rota entre Oriente y Occidente y rota en tan divergentes partes del orbe, encuentra una de las mayores dificultades, para recomponerse, en la diversidad e ignorancia de las lenguas. Hoy se impone, en raz3n de ecumenismo, conocer y cultivar tanto las lenguas antiguas (de las fuentes eclesi3sticas) como las modernas (del di3logo e intercambio teol3gico).

Desconocer la lengua de los hermanos separados, es ya separarse de ellos, y conocerla es ya estar unidos y en camino de uni3n.